

“Fruta amarga”, los roles de la feminidad tradicional en *La lista* de Jennifer Tremblay

Susana Báez Ayala*



El manejo de una lista es una actividad compleja” —exclama la protagonista de *La lista*, obra de Jennifer Tremblay, dramaturga canadiense, actuada por Guadalupe de la Mora, experimentada actriz de la compañía Telón de Arena de Ciudad Juárez, bajo la dirección de César Cabrera.

Asistir a esta puesta en escena implicó el adentrarnos en un ambiente que emula el propuesto por García Lorca en *La casa de Bernarda Alba*: enclaustramiento, silencios (auto)impuestos, sentimientos de frustración, de culpa, de ansiedad, etc. Esto contrasta con lo prístino de las paredes del escenario, en donde se ofrece la imagen de una casa de campo que evidencia su aislamiento social. Si bien la imagen de la escenografía de esta puesta en escena, sugiere el arribo a un espacio en donde predomina la armonía familiar, hallamos que se contrapone con lo que Gastón Bachelard anota en su *Poética del espacio*: “la casa alberga el ensueño, la casa protege al soñador, la casa nos permite soñar en paz”.

La casa, el hogar, que debiera ser el lugar que nos proporcione cobijo, paz, afectos, en la puesta en escena se transfigura conforme avanza el monólogo de la protagonista; nos enfrentamos a la pesadilla del sótano, de lo oculto, del agobio, del enmascaramiento, de la simulación de mostrar una aparente felicidad de la mujer y lo que poco a poco se nos devela: la terrible soledad en la que se halla sumida.

Pronto, el monólogo nos muestra los filones de los imaginarios y realidades que se construyen y deconstruyen en el

* Profesora investigadora de UACJ.

Fecha de
recepción:

2022-06-16

Fecha de
aceptación:

2022-07-28



día a día del personaje, quien con el deseo de hallar una mayor armonía en su matrimonio, acepta ir a vivir en medio del campo. No obstante, sus expectativas se truecan en la experiencia de padecer lo que Marcela Lagarde denomina los cautiverios de las mujeres: ser para y de los otros, ya sean el marido o los hijos.

—No quiero estar aquí.

—Mi marido dice que eres tú la que quiso venir aquí. Tú insististe en el campo.

—Quise venir aquí para que él estuviera conmigo. Quise venir aquí para alejarlo de todo. Quiero toda su atención. Pensaba en absorber, aspirar a mi marido por completo. Ser su único alimento. Creí que sólo pensaría en verme madurar. Pensé que aquí me volvería dulce. Pero soy una fruta amarga en la ciudad o en el campo. Sigo siendo una fruta amarga. Mi marido sigue teniendo que salir. Y yo sigo teniendo que quedarme. Aquí estoy en este campo muerto.

La mujer nos toma de la mano, nos conduce por el laberinto sin salida de la rutina en el ejercicio de su maternidad y el trabajo doméstico. Las interminables listas que guarda en diversos recodos de las paredes y los objetos de la casa le permiten emular la posibilidad de diálogo que no existe en su mundo, en donde las tareas que como madre, ama de casa, esposa y vecina lleva a la práctica la colocan en una enajenación continua. Las listas suplen los múltiples vacíos simbólicos que la atraviesan: el abandono e indiferencia

del marido, el agobio en el ejercicio de la maternidad, el aislamiento social al que se ve sometida, entre otros.

La propuesta escénica de César Cabrera, experimentado director de Telón de Arena, destaca por su gran poeticidad. Ya nos hemos referido a la blancura de las paredes, debemos resaltar el buen manejo de las luces que recaen en el momento justo para acentuar tanto a la actriz como a los objetos que la rodean: aparatos electrodomésticos, sillas, un perchero, algunas prendas de vestir, que van adquiriendo significado conforme se ahonda en el drama de la mujer. El discurso escénico integra la interpretación del músico Jesús Piña, quien es el compositor de las melodías que apuntalan la historia.

La acción sucede en un escenario que se asemeja a una caja de tráiler, cuyas paredes laterales han sido extraídas y por las cuales se nos revela el drama de esta mujer —y con ella de cientos de otras—. Conforme avanza la trama, el manejo de luces y el juego escénico de los objetos que se hallan en el escenario le permite a la actriz mostrar la rutina cotidiana de esta mujer, mientras que va extrayendo las listas de las actividades diarias de diversos escondrijos de las paredes. A su vez, con los electrodomésticos que se hallan en el escenario rompe el silencio que la rodea, se abstrae para no tomar conciencia de la función utilitaria que cumple en su matrimonio.

Este personaje recuerda a la protagonista de “Lección de cocina” de Rosario Castellanos, quien mientras prepara

la cena para su marido, reflexiona acerca de las implicaciones de haber contraído matrimonio. Mientras prepara la cena para el patriarcal marido, leemos: “Gracias por haberme abierto la jaula de una rutina estéril para cerrarme la jaula de otra rutina”. Se evidencia que las expectativas de la mujer quedaron varadas en un imaginario social que sugiere el casamiento como la realización y felicidad asegurada para las mujeres. No podemos menos que recuperar las ideas de Marcela Lagarde en su libro *Los cautiverios de las mujeres*, en el que desarrolla cómo se impone el ser de y para los otros, enajenándose el yo femenino para asumir un rol subordinado, dependiente, sumiso del masculino. El drama de la mujer se acentúa cuando una vecina le pide apoyo para no morir en el parto, ya que el médico que la ha atendido en los cuatro anteriores nacimientos de sus hijos no ha sido de lo más profesional, poniendo en riesgo su vida. Las múltiples tareas que la protagonista tiene en el hogar, le impiden hacerse un tiempo para ayudar a su vecina a encontrar otro ginecólogo. La mujer fallece en el parto, quedándose la protagonista sumida en el sentimiento de culpa, recrudeciéndose la depresión que sufre por la violencia simbólica del marido.

He tenido oportunidad de seguir la carrera artística de Guadalupe de la Mora. En esta ocasión destaco el cómo le imprime a la puesta en escena la poe-
ticidad, lo inefable, lo sutil al mostrar la metáfora del horror de las violencias de género hacia las mujeres. Esto lo consigue transmitir mediante lo lacónico del

discurso de la protagonista, del diálogo ágil, de una dicción por demás adecuada, un manejo plástico del cuerpo, un dominio del espacio, la interpelación visual a quienes asisten como espectadores. Cabe destacar que las butacas se ubicaron de forma paralela a las paredes laterales de la casa, favoreciendo que el público pudiera acceder a la actuación desde cualquier punto de la sala.

Por último, quiero agregar que esta función se tornó significativa dado que fue la última representación que la compañía ofrece en el Foro café Telón de Arena. A decir de Guadalupe de la Mora, la pandemia afectó económicamente el proyecto de este grupo de teatro, que lleva más de quince años en las tablas juarenses, y que no pudo sostener económicamente el proyecto. Ahora, buscarán retomar el trabajo escénico en un foro que se encuentra en el Parque Central Oriente de la ciudad, el cual es necesario acondicionar como foro teatral. Aquí nos lleva a poner en la mesa de la discusión las políticas públicas culturales del municipio que no contemplan el promover el teatro en la localidad de forma continua, siendo el grupo de Telón de Arena una de las compañías más constantes de la región. Baste destacar el libro *Habitación de la escena. 15 años de Telón de Arena: Compañía profesional de teatro en Ciudad Juárez* (2020), en el que diversos actores culturales escriben acerca de los aportes de esta compañía teatral. Esperemos que pronto puedan retomar los escenarios, pues una ciudad sin teatro se nos convierte en un erial.

